

Antunez refirió á Navarro su resolucion de casarse con Margarita, y lo que acerca de esto habia hablado con ella, con la veterana y con Bernardo.

El pintor, que escuchaba con atencion religiosa, cuando acabó Antunez su relato dijo:

—Me alegro; tu determinacion es buena, y me satisface; Margarita merece ser tu esposa, y con esto está dicho todo; pero voy á darte un consejo.

—¿Cuál es?

—Que te cases cuanto antes, porque... hay moros en la costa.

—No sé lo que me quieres decir.

—Ahora me entenderás: tú estás ya bueno y sano, y no hay temor de que las impresiones fuertes te produzcan mal alguno; prepárate, pues, á oír una noticia estupenda....

—¿Qué es ello? preguntó impaciente Antunez.

—Que á Adela Ferreira la tenemos de nuevo en Madrid.

—Ya lo sabia.

—¿Que lo sabias?... ¿Por quién?

—No es ningún secreto, ni ninguna cosa extraordinaria: hace un cuarto de hora lo he leído en un periódico.

—¡Yah... habrás leído que llegará en breve á esta corte.

—Exactamente.

—¡Cosas de periódicos!... Pues no es eso: es que ya la tenemos aquí: es que ha llegado hace veinticuatro horas...

IX.

Las dos rivales.

Margarita habia salido á la tienda para que el médico y el pintor pudieran verse con entera libertad.

La veterana volvió á las habitaciones interiores á concluir sus faenas domésticas y á prepararse para asistir á la celebracion de la boda de María.

En tanto, Figurin, fiel á las órdenes de la tia Morella, no habia enviado aún el carruaje en que Antunez debia ir á su casa.

Y el mes de Febrero, que no queria sin duda perder su fama de loco, habia presentado aquel dia un sol espléndido y magnífico, cuyos resplandores duraron hasta la una y media de la tarde; pero á esta hora grandes nubarrones de color parduzco, festoneados de caprichosas ondulaciones blancas como la nieve, vinieron á empañar el azul purísimo del cielo y á esconder la brillante luz del sol.

—¿Cómo!... ¿Estás seguro de lo que dices?...

—Tan seguro, que acabo de hablar con ella.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Te burlas? interrogó Antunez con extrañeza.

—¿Pues qué hay en ello de particular para que creas que me burlo? ¿No es ella una gran señora aficionada á proteger las artes?... ¿Por qué te sorprende que visite el estudio de un pintor? Además, tú no debes haber olvidado que yo era, y continúo siendo, el confidente de esa noble dama.

—Me parece increíble.

—Pues nada hay más cierto, sin embargo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha referido con todos sus detalles los sucesos ocurridos desde que salió de Madrid, entre los cuales hay cosas curiosísimas.

—Pero en resumen...

—En resumen, Adela Ferreira pasa hoy á los ojos de su marido como una mujer modelo de todas las virtudes; ella ha sabido aprovecharse de tu generosidad, pues conoce todos los pormenores del famoso duelo, y el buen D. Jáimé te cree un seductor de oficio, un perfeccionado Tenorio, mientras que á la casta Susana la considera una coquetueta de tres al cuarto si la compara con su mujer.

—Eso no me inquieta...

—Es que no he concluido; la vuelta de Adela á Madrid es la consecuencia de un pacto que ha celebrado con Ferreira, pacto por el cual ella se ha compro-

metido á no verte nunca y él á no tener contigo un encuentro, que, segun parece, tenia ánimo de provocar.

—Me das una alegría, dijo Antunez verdaderamente satisfecho; la conducta de Adela me tranquiliza mucho...

—No sigas, Modesto, no sigas, dijo Navarro interrumpiendo á su amigo; cada dia eres más cándido, y al fin acabarás por creer que los burros vuelan.

—¿Pues no me dices?...

—Oye lo que te digo: Adela que sabe tu conducta de caballero andante para con ella, si ayer te amaba, hoy te adora, y la cosa es de las más naturales que yo he visto.

—¿Eso es verdad? preguntó el doctor con tono de espanto.

—Juzga tú mismo; en nuestra entrevista me ha dicho Adela que desde que llegó se está ocupando de tí; ella ha averiguado que la noche del desafío te trajeron á esta casa y que aquí continúas; sabe el estado de tu convalecencia, y, por último, me ha dado á entender que no ignora tu inclinacion á Margarita; ¿quieres más, hombre de Dios?... Tú no comprendes todavía de lo que es capaz una mujer enamorada y celosa, y una mujer como Adela.

—Pero sé, en cambio, lo que yo debo hacer, dijo Antunez, que en aquel momento adoptó una resolución.

—¿Qué es ello?

—Casarme lo más pronto posible y marcharme de Madrid; es el medio más sencillo de acabar para siempre con las locuras de esa mujer.

—Está admirablemente pensado, repuso el pintor; ese era mi consejo; no pierdas tiempo, porque no hay otro camino de salvación.

El carruaje que Figurín recibió encargo de buscar llegó en aquel momento.

Antunez y Navarro se despidieron de Margarita, quedando en verse más tarde en el *restaurant* de los traperos, y ambos amigos entraron en el coche que los condujo á la casa del doctor.

Las nubes se habían hecho más densas; una lluvia menuda empezaba á caer, obligando á los transeuntes á refugiarse en los portales de las casas ó á redoblar el paso, renegando de las informalidades de Febrero, cuando Margarita, que había oído las dos de la tarde en el reloj de la Puerta del Sol, se dispuso á cerrar su establecimiento.

Era la hora que tiene el comercio de cerrar sus puertas en los días feriados, y además Margarita quería ser muy puntual en acudir á la fiesta para que había sido invitada.

Diez minutos hacía que el doctor Antunez había salido de su casa, y ya Margarita comenzaba á sentir tristeza é inquietud; cada uno de aquellos minutos había durado para ella una eternidad ausente del hombre á quien amaba y de quien no se había separado ni un instante por espacio de tres meses consecutivos.

Y sabido es que en circunstancias como las en que se encontraba Margarita, es cuando suelen ocurrir las mayores contrariedades.

La prometida de Antunez había salido fuera de

mostrador, y ya alargaba su mano para cerrar la puerta de la tienda, cuando una elegante dama, ricamente vestida, entró á guarecerse de la lluvia que iba en aumento.

—Perdone Vd. si le incomodo, dijo la recién llegada; llueve mucho y voy á esperar el paso de un carruaje; mientras tanto... ¡ah! magnífico; veo que aquí hay flores; no perderá Vd. su tiempo; ¿tiene usted algun adorno concluido?

—Sí, señora, contestó Margarita; pero Vd. no me molesta, y no es necesario que haga aquí sus compras por el insignificante favor de que permanezca en esta casa el tiempo que guste.

Y Margarita, al hacer este cumplido, miraba el rostro de la desconocida como queriendo recordar haberlo visto otra vez.

Por su parte, la dama no se mostraba ménos curiosa en el exámen que hacía de Margarita, exámen que iba acompañado de cierta expresion de sarcasmo, que la huérfana por el pronto no supo apreciar.

—Gracias, dijo la desconocida; acepto el favor de Vd.; y sin dejar de mirar fijamente á Margarita, cambió de tono y continuó: no sé... no atino... pero desde que he entrado aquí estoy dando vueltas á mi memoria, porque me parece que yo he visto á Vd. en otra parte.

—Es posible, repuso Margarita; yo tambien creo recordar... ¡Ah! sí, sí, ya me acuerdo: Vd. es la señora del carruaje que me atropelló una noche.

—Justamente; ¡quién había de pensar!... Resultó, pues, de este reconocimiento, que la dama

que habia entrado en la tienda de Margarita era la esposa de Ferreira.

Y tengo por inútil decir, que no la casualidad sino una deliberada intencion fué la que condujo á Adela á *La Flor del Olvido*.

Hubo un instante de silencio entre aquellas dos mujeres.

Volvieron á mirarse, mejor dicho, á escudriñarse con sus miradas, como si cada una de ellas quisiera leer en el fondo del corazón de la otra, y al cabo Adela preguntó:

—¿Se llama Vd. Margarita?

—Para lo que Vd. guste mandarme.

—Perdone Vd. mi curiosidad, ¿es aquí donde hará cosa de unos tres meses trasladaron á un médico, don Modesto Antunez, de resultas de un lance que puso en peligro su vida?

—Sí, señora, dijo Margarita mirando con cierta desconfianza á la de Ferreira, cuya intencion no alcanzaba á adivinar; recordó, sí, que aquella dama se habia mostrado amiga de Antunez la noche en que la atropelló con su carruaje, pero esto no obstante, la expresion de Adela la mantuvo recelosa, y solo despues de una breve pausa se atrevió á preguntar con cierta timidez: ¿podría saber, señora?

—¿Quién soy? se apresuró á decir la de Ferreira; lo que Vd. quiera; una amiga... ó una enemiga.

—¡Enemiga!... exclamó la huérfana con asombro profundo.

Por los ojos de Adela cruzó un relámpago de ódio;

sus lábios se contrajeron por una hechicera sonrisa, y su seno se agitó violentamente.

Aquella mirada fué la expresion de los diabólicos pensamientos que bullian en su cabeza; su sonrisa el halago conque pretendia fascinar á la pobre jóven; la agitacion de su pecho el primer impulso de la tempestad que rugía en su corazón.

Margarita no podia comprender que iba á entrar en abierta lucha con una rival poderosa, que tenia por armas sus pensamientos satánicos, sus sonrisas de engañadora sirena, sus sentimientos de hiena cruel.

Adela, por el contrario, sabia que Margarita no contaba con más escudo que su inocencia y su candor, y se dispuso á llenar el objeto que la habia llevado á la camisería.

—¿Estamos completamente solas, ó habrá quién nos escuche? preguntó.

—Nadie puede oirnos, respondió Margarita deseosa de conocer el misterio que encerraban las palabras de Adela.

—Pues si á Vd. le parece, sentémonos.

Y la de Ferreira ocupó un taburete de la tienda, mientras Margarita se sentaba en la silla destinada para ella detrás del mostrador.

—Preguntaba á Vd. hace un momento, continuó Adela, por el doctor Antunez, cuya salud me interesa mucho.

—Sí, señora, y ya he contestado á Vd., sabiendo que hablo á una amiga del doctor.

—¿Amiga no más? interrogó Adela con marcada ironía.

—No sé si hay otro vínculo que el de la amistad entre Antunez y Vd., señora.

—Pues le hay, dijo la de Ferreira, y ese otro vínculo es el amor.

—¡El amor!... exclamó Margarita aturdida por las palabras que acababa de oír.

—Sí, afirmó Adela con la mayor serenidad; yo amo á Modesto Antunez.

—¿Será cierto?... ¡Oh! pero él...

—Él también me ama.

—¿A Vd.?... ¡Es imposible!

—¡Imposible!... Sin embargo, se batió por mí.

—¡Dios mío! exclamó la huérfana ocultando el rostro entre sus manos y sintiendo que la sofocaban los sollozos.

Adela satisfecha del efecto que producía, y haciendo alardes de procacidad, continuó con cariñoso acento:

—Ya vé Vd., hija mía, que soy franca; al día siguiente de haberse celebrado ese duelo, que todos me ocultaron, marché á París con mi marido...

—¿Qué dice Vd.? interrogó Margarita llena de admiración: ¿es Vd. casada?

—Mi marido fué quien desafió á Antunez, respondió Adela con el más perfecto aplomo; pero aquello pasó y yo he sabido destruir todas sus sospechas: á mi regreso me han informado de no sé qué locuras que aquí se proyectan...

—¡Locuras!...

—¡Pues no! ¿Cree Vd., niña, que el doctor Modesto Antunez trate seriamente de casarse con Vd.?

Y había en Adela al formular esta pregunta un acento de sarcasmo tan insolente, tan mordaz, que Margarita experimentó en lo íntimo de su pecho un dolor agudísimo al mismo tiempo que decía:

—¡Oh, Dios mío!... ¡Me ha engañado!

Adela recogió al vuelo esta frase, confirmación de lo que acaso no era más que una sospecha suya, y cambiando de tono añadió:

—Valor, valor, hija mía; eso y mucho más me ha sucedido á mí. Por fortuna ya nos conocemos, y yo, que no soy ingrata, me ocuparé del porvenir de usted en justa remuneración de sus desvelos por Antunez. Seamos amigas, y pongamos el sello á nuestra amistad prometiéndome Vd. dar al olvido su naciente amor, y jurándome no volver á ver al hombre que la ha burlado.

Adela era una mujer á cuya penetración se escapaba lo que puede el sentimiento de la propia dignidad en algunos seres, y creía que halagando pasiones semejantes á las suyas podía lograr el fin que se había propuesto.

Esto descubría en ella un fondo tosco y grosero, oculto por el barniz de la gran señora, y en último resultado causaba un efecto contraproducente.

Así sucedió: Margarita, que ante el engaño de Antunez, manifestado de un modo tan cínico por Adela, se sentía herida de muerte, sin fuerzas para luchar; al oír los humillantes ofrecimientos que se le indicaban en pago de los afanes de su ternura, de los cuidados

de su amor, en pago de lo que no se puede pagar, enjugó sus lágrimas, levantó su frente, y acariciando una esperanza, que el rudo golpe de Adela le había hecho perder, dijo:

—Señora, la escucho á Vd., y me parece que estoy soñando. Yo no conozco el mundo como Vd. lo conoce, y siempre he tenido fé en la virtud. A mi casa trajeron un hombre herido, casi sin vida, y aquí encontré, gracias al cielo, su salvacion...

—Ya lo sé, y esa accion meritoria es la que yo me propongo recompensar.

Margarita miró á Adela con profundo desprecio, y sin hacer caso de lo que oia continuó:

—Yo no tengo motivo alguno para dudar de la honradez de ese hombre; él sabe que yo soy sola en el mundo, que no tengo madre que me proteja, y, sin embargo, me ha dicho que me ama... ¡oh! de seguro no me ha engañado; Vd., señora, es la depositaria del honor de su marido, y Vd. le mancilla y le engaña: ¿á quién debo creer?

—¡A mí afirmé Adela llena de despecho.

—Perdone Vd., señora, si la digo que me avergüenzo de oirla. El doctor Antunez es un hombre honrado, y los hombres honrados no mienten nunca; él me ha prometido que será su esposa y su palabra me inspira mucha fé.

Adela ahogó en una ruidosa carcajada el coraje que rebotaba de su pecho.

—¡Está Vd. local exclamó: ¿Vd. la esposa de Antunez?... ¿Vd. mi rival?... ¡Sería muy divertido!

Y habia en las inflexiones de su voz tan sangrienta burla, que Margarita, sintiendo otra vez su dignidad ultrajada, contestó:

—Yo no puedo ser la rival de la amante del doctor Antunez.

Esta mordedura cruel no produjo el efecto que Margarita habia pensado.

Adela no se consideró humillada; las palabras de la huérfana sonaron en sus oídos como un reto, y llena de furor repuso:

—Acepto el combate; y entienda Vd., jóven engreída, que para impedir ese odioso casamiento, hollaré con mis pies fortuna, honra, deberes, todo; y si preciso fuera me interpondré entre Vd. y Antunez hasta en las gradas mismas del altar.

Margarita en presencia de aquella explosion de ira tuvo miedo, no por ella sino por su prometido, y se aventuró á decir:

—Pero, señora, Vd. no piensa que con esa conducta dará ocasion á que su esposo mate al doctor Antunez...

—Aunque nos asesinara á él y á mí no vacilaria, respondió Adela con firme resolucion.

—Me espanta Vd., señora, dijo Margarita estremeciéndose á su pesar.

—Porque Antunez no sea de otra mujer, prosiguió Adela, daré yo toda mi sangre. Ahora ya conoce Vd. á su enemiga; veremos si puede Vd. luchar contra mí.

—No haré tal, interrumpió la huérfana levantándose; y despues de reflexionar un momento, añadió: si mi vi-

da y mi felicidad peligrasen solamente, lucharía; pero peligrando él... no me atrevo. Prometo á Vd. que entre Antunez y yo todo ha concluido.

Y estas frases de Margarita salieron de sus lábios empapadas en lágrimas.

Los ojos de Adela brillaron con diabólica alegría.

—Eso es ser razonable, dijo: ¿me jura Vd.?

—Yo no juro, señora, repuso la jóven sin dejar concluir á Adela; pero ofrezco á Vd. no ser jamás la esposa de su querido.

—Es lo que deseo.

Margarita no podía sostener ni un instante más este diálogo, en el que había hecho el sacrificio de su corazón al hombre á quien amaba.

La presencia de la de Ferreira le era insoportable; sufría mucho, y necesitaba llorar á solas con su inmenso dolor.

Así fué, que al pronunciar sus últimas palabras, dejó á Adela en la tienda, y evitando un encuentro con la veterana, corrió á ocultarse en su habitación, donde pudo dar libre curso á su llanto.

Adela adivinó todos los sufrimientos del alma de aquella pobre niña, y comenzó á saborear su triunfo.

Satisfecha de que Margarita rompería por miedo, sus relaciones con Antunez, se dispuso á volver á su casa.

La lluvia no había cesado, y la de Ferreira iba á acercarse á la puerta de la calle para llamar á un cochero, cuando de repente retrocedió asustada y fué á esconderse en el más oscuro rincón de la tienda, pro-

curando no ser vista por un hombre que acababa de entrar.

Este hombre era el Sabueso.

Bernardo llegó sacudiendo de su ropa el agua que le calaba, y dando voces á Margarita; mas de pronto advirtió que no estaba sólo, y dijo:

—¡Ah! perdone Vd., señora; no había reparado... Espera Vd. á la dueña de la tienda?... Ahora saldrá. ¡Margarita! ¡Margarita!...

—No, no, se apresuró á decir Adela; no llame Vd.

—¿Va Vd. á marcharse, señora? Mire Vd. que llueve mucho.

—No importa, repuso Adela disponiéndose á salir.

Pero no bien hubo dejado la oscuridad en que se ocultaba, cuando reconociéndola el Sabueso exclamó:

—¡Dios mío!... ¡Otra vez mi pesadilla! ¡Oh! pero ahora estamos solos y no se me escapará.

Y haciendo un movimiento rápido fué á interponerse entre la puerta de la calle y Adela, impidiendo á ésta la salida.

Adela comprendió toda la extensión de su peligro, del cual no podía librarse sino con mucha sangre fría, con mucha audacia, con mucha serenidad.

Miró á la calle fingiendo no haber oído á Bernardo ni visto su movimiento, y dijo con la más perfecta calma:

—Tiene Vd. razon; llueve lo bastante para no poderme ir á pie. ¿Me haría Vd. el favor de avisar á un cochero?

Bernardo no contestó, ni siquiera dió señales de

entender lo que le decían: toda su atención estaba concentrada en Adela, á quien miraba con una tenacidad abrumadora.

Ella, no queriendo prolongar aquel silencio embarazoso, y sintiendo á su pesar que la mirada del Sabueso la estremecía, preguntó:

—¿No quiere Vd. buscarme un coche?... ¿Pero por qué me mira Vd. de ese modo?... Me causa Vd. miedo.

—¿Y Vd. me lo pregunta? interrogó Bernardo acercándose á la de Ferreira; míreme Vd., señora; míreme Vd. bien; así, cara á cara.

Adela hizo un esfuerzo supremo para mostrarse completamente tranquila y repuso:

—Pero, buen hombre, lo que necesito es un carruaje: sin embargo, si le causa á Vd. placer que le mire, le miraré; y echando atrás la cabeza clavó en Bernardo una mirada audaz y provocadora.

—¿Mi presencia no le recuerda á Vd. nada? preguntó el Sabueso: ¿no se acuerda Vd. de Sevilla?...

—Mal puedo acordarme, dijo Adela con indiferencia, cuando ni jamás he visto á Vd., ni nunca he estado en Sevilla.....

—¿Nunca?...

—Por lo visto, continuó Adela tratando de librarse de la mirada fija de Bernardo, me equivoca Vd. con otra persona á quien me parezco y por quien Vd. se interesa.

—No se parece Vd. á nadie, dijo el Sabueso con íntima convicción, sino que es Vd. misma... ella... tú, mi mujer.

—¿Yo la mujer de Vd.? preguntó la de Ferreira prorumpiendo en una carcajada: ¡es Vd. muy gracioso!... ¡Já! ¡Já! ¡Já!

—Sí, afirmó el Sabueso con aire sombrío; cuando yo lloraba de celos y de ira, ella se reía así.

Adela continuaba riendo.

Bernardo comenzó á vacilar.

—¡Por piedad! exclamó, no me atormente Vd. de ese modo; dime que eres tú, dime que no te ahogaste, que no te di muerte.

—¿Cómo! dijo Adela recobrando su seriedad y apartándose con horror del Sabueso. ¿Vd. dió muerte á su mujer?... ¿Es Vd. un asesino?... ¡Oh! déjeme Vd. pasar; quiero que venga la policía.

—¡La policía! murmuró aterrado el Sabueso.

Adela había dominado la situación, había vencido el peligro y quiso asegurar su triunfo.

—Si estuviera aquí mi marido, añadió, ya estaría Vd. puesto á buen recaudo.

—¡El marido de Vd.!... ¿Luego es Vd. casada?...

—Lo cual debe probarle que no soy la persona con quien me confunde.

—Parece increíble, dijo Bernardo entre dientes, que haya dos mujeres en el mundo de tan perfecto parecido.

Adela se desentendió de estas palabras y procurando ganar la puerta de la calle sin que el Sabueso concibiera la menor sospecha, preguntó:

—¿Va cesando la lluvia, no es cierto?...

Bernardo la dejó pasar, murmurando todavía:—

—Es el retrato de mi Consuelo, sus mismos ojos, su

misma expresion, su mismo talle, las manos así, tan pequeñas...

Adela estaba ya en la puerta y se volvió á Bernardo diciéndole:

—¿Insiste Vd. aún en su manía?

—No, no, señora; soy un insensato.

—Me habia parecido oírle...

—Es una locura... no sé lo que me digo.

Adela miró á Bernardo con una altivez suprema y se volvió hácia la calle.

El Sabueso estaba confundido; no acertaba á moverse, y bajo el influjo de una idea que en vano quería deséchar, murmuraba de un modo ininteligible:

—No es ella, no puede ser... ¿cómo habia de usar mi Consuelo tanto lujo?

Adela percibió el murmullo de las inarticuladas frases de Bernardo, y procurando evitar nuevos peligros, se dirigió á él diciendo:

—Ha cesado la lluvia y me voy.

El Sabueso, como si despertara de un sueño, levantó los ojos, y mirando á Adela con ademan humilde, contestó:

—Si Vd. quiere que vaya á buscar un coche...

—No, no es necesario; pero antes de marchar quiero darle á Vd. un consejo.

Bernardo estaba atónito, completamente dominado, y esperó á que su interlocutora continuara hablando.

Adela prosiguió:

—En adelante sea Vd. más prudente al hablar de los sucesos de su vida pasada, porque de otro modo

será muy fácil que caiga Vd. en manos de la justicia.

—¡Oh! señora, perdon, imploró el Sabueso sintiendo que renacian en él todos los temores que hacia años le tenian condenado á una vida oscura y miserable.

—Llore Vd. á su mujer cuanto quiera, insistió Adela con tono entre profético y amenazador; pero no vuelva Vd. á nombrarla jamás, porque seria muy posible que muriese Vd. en un patíbulo.

Y al decir estas palabras, Adela desapareció.

Cuando el Sabueso la vió salir, se llevó las manos á la frente, y levantando al cielo su mirada, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Este es un sueño, ó estoy loco?...

Y el infeliz cayó anonadado en una silla.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

P
•
F
V